

Año 1521:

*Dicen que al nacer lloramos por los recuerdos de nuestras vidas pasadas, que lentamente se desvanecen hasta que nuestra mente queda en blanco, lista para comenzar de nuevo. Con cada paso en esta nueva existencia, creamos recuerdos, construimos experiencias, tejemos una nueva identidad, dejando atrás lo que una vez fuimos y el lugar de donde provenimos.*

*Sin embargo, yo... nunca encontré mi identidad.*

—Mi señorita, comprendo que esté nerviosa, pero le ruego que se anime. Hoy es un día muy importante -dijo Glinda con suavidad, sacándome de mis pensamientos con su habitual cortesía.

Hoy no tengo tiempo para perderme en mis pensamientos ni en las ausencias de mi corazón. Hoy es un gran día: mi presentación en sociedad, por fin.

Frente al espejo, observaba mi reflejo con detenimiento. Mi larga cabellera castaña, adornada con flores de siriél —el emblema de la casa real Di Ansuz—, caía más allá de mis caderas, enmarcando mi rostro de piel clara. Mis ojos, de un azul helado y ligeramente rasgados, devolvían una mirada intensa, pero esa misma intensidad me hacía notar cuánto diferente era de mi familia. Mi madre, con su elegancia inalcanzable, mi padre, con su porte regio, y mis hermanas mayores, gemelas idénticas de dorados cabellos y perfectos reflejos del linaje real. Yo, en cambio, siempre fui la excepción, la mancha en un cuadro impecable.

La gente susurraba rumores en los pasillos y en los mercados. La hija menor de la reina, ¿un fruto de la infidelidad? Mi cabello castaño parecía ser prueba suficiente para ellos, aunque nunca se atrevieron a decirlo en voz alta frente al rey. Él siempre desmentía tales rumores con una calma inquebrantable, atribuyendo mi diferencia a las caprichosas leyes de la genética. A pesar de los murmullos, jamás permitió que me sintiera menos, pero era difícil ignorar las miradas de los demás, las comparaciones constantes, incluso las que yo misma hacía.

El vestido, en tonos rosa pálido con bordes verde menta pastel, abrazaba mi figura con elegancia, y las flores de siriél decorando mi cabello intentaban afirmar mi lugar en esta familia. Pero, aun así, mientras ajustaba la capa de tela translúcida sobre mis hombros, no podía evitar pensar: ¿era suficiente? ¿Alguna vez lo sería?

—¿Se encuentra lista, mi princesa? La reina lleva ya un tiempo aguardando su presencia -anunció Glinda con respeto, inclinando ligeramente la cabeza.

Tenía razón. Era momento de bajar. Inspiré profundamente y me levanté del asiento donde había pasado horas mientras aseguraban que estuviera “perfecta”. La palabra resonaba en mi mente con un peso incómodo.

Abrí la puerta de mi habitación, y los pasillos del palacio se desplegaron ante mí, amplios y majestuosos. Las paredes eran de un beige cálido que parecía brillar bajo la luz natural que se colaba a través de grandes ventanales adornados con cortinas blancas translúcidas. En cada rincón había jarrones con plantas perfectamente cuidadas, sus hojas verdes añadiendo un contraste vibrante al entorno. Las baldosas del suelo relucían en tonos marfil, y un suave perfume floral impregnaba el aire.

Caminé lentamente, dejando que mis ojos recorrieran los retratos que decoraban las paredes. Las generaciones pasadas de nuestra familia me observaban desde sus marcos dorados, sus expresiones serias y altivas. Los vestidos elegantes y las coronas intrincadas hablaban de una herencia que debía cargar, pero que siempre se sentía lejana.

Me detuve frente a uno en particular: un retrato de mi madre con sus hijas mayores, Hylsse y Tiara, aún niñas en la pintura. Las tres compartían el mismo cabello dorado, tan brillante como la miel bajo el sol, y una piel que parecía resplandecer. Por un momento, me pregunté si habría encajado mejor en esta imagen si mi cabello no fuera de un castaño tan oscuro que rozaba el negro. Lo único que compartía con mi familia eran mis ojos, idénticos a los de mi padre, pero incluso eso a veces me hacía sentir como una excepción. Al menos mis ojos, idénticos a los de mi padre, me daban algún tipo de vínculo visible con mi linaje.

Sacudí esos pensamientos y me obligué a continuar, dejando que mis pasos resonaran suavemente en el pasillo mientras sentía el peso del evento que se acercaba. La recepción central del palacio se abrió ante mí con todo su esplendor: techos altos adornados con frescos, columnas blancas coronadas con detalles dorados, y arreglos florales estratégicamente colocados que llenaban el aire con un aroma dulce y fresco.

—¡Preciosa! —gritaron al unísono dos voces familiares.

Mis hermanas, Hylsse y Tiara, estaban al otro lado de la sala. Sus vestidos de tonos pastel complementaban sus cabellos dorados, y sus amplias sonrisas iluminaban el espacio. Corrieron hacia mí con la misma energía y alegría que recordaba de nuestra infancia.

—¡Mira nada más! —exclamó Hylsse, deteniéndose frente a mí con las manos en las caderas—. Estás preciosa, Rosse.

— Esta noche nadie podrá apartar los ojos de ti —añadió Tiara, mientras tomaba mi mano con ternura.

Antes de que pudiera responder, una figura conocida apareció al otro extremo de la recepción. Mi madre, en todo su esplendor, avanzaba hacia nosotras con una elegancia que parecía innata. Su vestido, impecable como siempre, reflejaba su estatus de reina, y su porte altivo dejaba claro que todo debía ser perfecto esta noche.

—Hylsse, Tiara —dijo, con una mirada severa—. ¿Qué es este alboroto? ¿Es así como se comportan las hijas de la corona?

—Madre, estamos felices por Rosse, eso es todo —respondió Hylsse con una sonrisa traviesa que suavizó el semblante de nuestra madre.

—Felicidad no significa falta de decoro —replicó ella, aunque su voz había perdido algo de rigidez. Luego, sus ojos se posaron en mí, observándome de arriba abajo—. Rosse, el vestido te queda bien, pero asegúrate de mantener la cabeza alta. Una princesa nunca debe parecer insegura, especialmente esta noche.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta. No era una reprimenda directa, pero sus palabras eran un recordatorio de lo diferente que me sentía, como si siempre estuviera bajo un escrutinio más estricto.

—No te preocupes, madre —intervino Tiara, pasando un brazo por mis hombros—. Rosse estará perfecta.

—Por supuesto que lo estará —respondió mi madre con un leve asentimiento antes de girarse hacia el pasillo que conducía al salón de fiestas—. Vamos, no hagamos esperar a los invitados.

Hylsse y Tiara intercambiaron miradas cómplices antes de tomar cada una uno de mis brazos y caminar conmigo hacia el largo corredor que conducía al salón de fiestas. Las lámparas de cristal colgantes reflejaban destellos de luz que bailaban sobre las paredes, y las puertas del salón, hechas de madera blanca con detalles dorados, se acercaban con cada paso.

—Te prometo que esta noche será inolvidable —susurró Tiara en mi oído, intentando animarme.

—Y si algo sale mal, al menos nosotras estaremos aquí contigo —añadió Hylsse con una sonrisa.

Sus palabras lograron arrancarme una pequeña sonrisa. Aunque me sentía diferente, en ese momento su amor y apoyo eran suficientes para darme el valor de continuar. El suave sonido del piano anunció mi llegada. Cada nota marcaba un paso más hacia la gran sala de banquete, donde avanzaba del brazo de mi madre.

A medida que entrábamos, todas las miradas se dirigieron hacia mí. Sentí cómo tantos ojos expectantes me ahogaban, y, entre ellos, las miradas ansiosas de los hombres que aspiraban a convertirse en el futuro yerno del gran Rey Dominic Di Ansuz. Sin embargo, nadie parecía mirarme realmente a mí; todos veían únicamente lo que yo representaba y aquello en lo que podría convertirlos.

En la entrada del salón, mi padre me esperaba, ofreciéndome su brazo como apoyo. Lo tomé sin dudar, sintiendo su fuerza y seguridad mientras avanzábamos juntos hacia el centro del salón. Allí, bajo la atenta mirada de todos, dimos inicio al primer baile de la noche. Con cada giro y cada paso, la melodía se tornaba más alegre, sin perder nunca su elegante cadencia, marcando así mi debut como una mujer de la sociedad.

—Mi pequeña niña, has crecido tanto, y aún no puedo olvidar cómo, con tus pequeñas manos, me pedías que te llevara en brazos todo el tiempo —murmuró mi padre con una calidez en la voz que me hizo retroceder en el tiempo. Su sonrisa, surcada de nostalgia, iluminaba las arrugas que se formaban en las esquinas de sus ojos.

Bailar con él era un refugio, un respiro en medio del asfixiante salón, donde las luces doradas rebotaban en las paredes como si quisieran amplificar cada murmullo. Sus manos firmes guiaron las mías mientras nuestros pasos sincronizados trazaban una suave figura en el centro del salón. Sus pies, con movimientos seguros, marcaban un elegante vals: un desliz hacia adelante, un giro delicado, seguido por un retroceso con gracia medida.

—¿Recuerdas cuando te escondías detrás de las cortinas para no practicar los bailes? —preguntó, su tono divertido mientras me hacía girar con una ligera presión en mi espalda baja.

—Lo recuerdo perfectamente —respondí, dejando escapar una risa suave. La tela de mi vestido se alzó ligeramente con el giro—. Pero también recuerdo cómo terminaste convenciéndome al prometerme dulces si ensayaba contigo.

—Un soborno bien invertido —replicó con una sonrisa, llevándome a un giro más amplio antes de regresar a su abrazo protector—. Aunque ahora veo que no fue solo por los dulces. Mírate, mueves los pies como si hubieras nacido para esto.

El contacto visual con él me devolvió la confianza momentáneamente, pero mis ojos pronto traicionaron mi serenidad al desviarse hacia la periferia del salón. Las mujeres, en sus vestidos cargados de bordados, murmuraban con sonrisas calculadoras. No sabía si hablaban de mi peinado, de mi vestido, o simplemente de mi presencia en el baile.

—No mires hacia ellos, Rosse —dijo mi padre en voz baja, como si hubiera leído mis pensamientos—. Deja que hablen. Es lo único que saben hacer.

Asentí, intentando centrarme de nuevo en el vals. Los acordes suaves del violín y el piano resonaban, acompañando nuestro movimiento. Mis pasos seguían los de mi padre, deslizándonos como si flotáramos sobre la brillante superficie del salón.

—Pero no son ellas las que me preocupan —añadió él tras una breve pausa, su tono ahora más serio. Su mirada se desvió apenas hacia los hombres reunidos junto a mi madre, sus ojos fijos en nosotros como aves rapaces.

—Padre... —murmuré, pero no pude continuar. El peso de su mirada, tan protectora como inquisitiva, me dejó sin palabras.

—Sé lo que estás pensando —me interrumpió suavemente—. Que todos ellos te ven como una presa, pero recuerda, Rosse, tú no eres alguien a quien capturar. *Eres el fuego que ellos nunca podrán controlar.*

Su firmeza me llenó de una determinación renovada. A medida que completábamos otro giro elegante, mis pasos se volvieron más seguros, como si su fortaleza se hubiese transferido a mí.

—Ahora, sonríe —dijo, inclinándose apenas para susurrar cerca de mi oído mientras el vals llegaba a su fin—. Porque después de este baile, quiero que recuerdes que no importa quién esté en esta sala, siempre tendrás la capacidad de *bailar a tu propio ritmo.*

Y con esa última pirueta, nuestras figuras se detuvieron en perfecta sincronía, mientras los aplausos se alzaban a nuestro alrededor. La multitud parecía más lejana ahora, menos amenazante. Mi padre apretó mi mano una última vez antes de soltarla con una sonrisa que prometía que, pase lo que pase, no estaría sola en esta danza llamada vida. Pero, cerca de la salida que conducía al jardín trasero, un movimiento sutil atrapó mi atención. En el marco de la puerta, apoyado contra la pared con la despreocupación de quien se encuentra fuera de lugar, estaba un hombre. No vestía con la ostentación exagerada de los demás asistentes, ni parecía ansioso por lanzarse al centro del salón.

Su mirada no estaba cargada de la codicia que había aprendido a identificar, esa que tantos otros en este salón intentaban disfrazar tras sonrisas bien ensayadas. Tampoco había en él el ansioso deseo de "capturarme" como lo sentía con los hombres agrupados junto a mi madre. No. Su mirada era diferente. Sus ojos, azules oscuros como un pozo sin fondo, pero con destellos rojos, se cruzaron con los míos por un instante que pareció eterno. No apartó la vista con prisa, ni buscó esconderla detrás de un falso interés en algo más. Me observaba con... ¿tristeza?

Un nudo comenzó a formarse en mi estómago mientras intentaba descifrar aquella expresión. Había algo en la forma en que sus hombros se hundían ligeramente, como si cargara con un peso invisible. Incluso la forma en que su postura relajada contrastaba con la rigidez que reinaba en el salón me pareció extrañamente familiar.

A mi alrededor, las risas y las conversaciones continuaban sin cesar, pero sus sonidos se desvanecían como un eco lejano. Mi mente estaba atrapada en el enigma que representaba este hombre. ¿Quién era él? ¿Por qué no intentaba acercarse como los demás? ¿Y por qué, de todas las emociones posibles, su mirada reflejaba tristeza?

Intenté buscar respuestas en los detalles. El leve movimiento de su mandíbula, como si quisiera hablar, pero no pudiera. Sus manos cruzadas frente a él, apretando sutilmente los dedos, como si intentara contener algo.

De repente, sentí el leve apretón de mi padre en mi mano. —Rosse, ¿estás bien? —preguntó en un susurro, trayéndome de vuelta al presente.

—Sí... —murmuré, aunque mi mente aún estaba en el marco de la puerta, intentando descifrar al hombre que parecía ver algo en mí que ni siquiera yo podía entender.

Me acerqué rápidamente a mis hermanas cuando noté cómo los hombres comenzaban a rodear a mi padre para hablar. Hylsse y Tiara charlaban animadamente cerca de una de las mesas decoradas con arreglos florales dorados y plateados, luciendo vestidos que resaltaban su cabello rubio, tan similar al de nuestra madre. Mi prioridad era evitar a nuestra madre. Su semblante impecable y su porte intachable ocultaban una frialdad que aún pesaba en mi corazón.

—¿No estás cansada de rechazar a los pretendientes, Rosse? —bromeó Tiara, con una sonrisa traviesa mientras tomaba un sorbo de su copa.

—Tiara, no empieces —intervino Hylsse, rodando los ojos con elegancia—. Rosse tiene el derecho de disfrutar su cumpleaños sin que la atosiguen con tonterías matrimoniales.

—Gracias, Hylsse. —Susurré con una sonrisa agradecida antes de añadir, con tono seco—. Aunque dudo que eso detenga a madre.

Ambas rieron, pero su humor se desvaneció cuando vieron cómo nuestra madre se acercaba con paso decidido. Llevaba su mejor sonrisa, radiante y encantadora, mientras dos caballeros la seguían como sombras obedientes.

—Ah, mis hermosas hijas juntas, una vista que alegra cualquier corazón —dijo nuestra madre, su tono dulce pero vacío para mis oídos. Me resultaba tan extraño escuchar esas palabras viniendo de alguien que había desaparecido de mi vida cuando apenas tenía tres años. Su regreso cuando cumplí doce no había llenado el vacío; más bien, lo había hecho más evidente.

—Madre —dijimos las tres casi al unísono, aunque mi saludo carecía del entusiasmo de mis hermanas.

—Rosse, querida, permite que te presente a Lord Vólkov y Sir Olafsson. —Extendió una mano hacia los hombres que la acompañaban, quienes hicieron una reverencia elegante. Uno de ellos, un hombre mayor con barba gris cuidadosamente recortada me observó con una sonrisa cortés, mientras que el otro, más joven, apenas ocultaba el brillo ambicioso en sus ojos.

—Un honor conocerla, princesa Di Ansuz —dijo Lord Vólkov, con una voz grave y pausada, mientras Sir Olafsson añadió rápidamente:

—Y, si puedo decirlo, su belleza es verdaderamente excepcional, como un rubí entre perlas.

Tiara dejó escapar un leve suspiro, claramente incómoda con el intercambio, mientras Hylsse parecía más interesada en la copa de vino que sostenía.

—Gracias por sus palabras, caballeros —dije con cortesía, aunque mi tono era más frío de lo que debería. No podía evitarlo; su presencia me hacía sentir como un premio expuesto en un escaparate.

—Dicen que las princesas de Di Ansuz son tan elegantes como inalcanzables, pero debo admitir, mi lady, que su belleza rompe toda barrera. Aunque... sería un honor intentar alcanzarla —comentó mientras intentaba cortar los pocos centímetros que nos separaban.

Nuestra madre no pareció notar mi incomodidad, o si lo hizo, no le importó. Seguía sonriente, hablando animadamente con los caballeros. Me pregunté cómo podía actuar tan afectuosa cuando no conocía realmente a la persona que era ahora.

—¿Piensas escaparte al jardín como siempre? —susurró Hylsse a mi lado, su tono burlón pero compasivo.

—Lo estoy considerando seriamente —respondí en el mismo tono, mis ojos desviándose hacia la salida al jardín trasero. Allí, las sombras de los arbustos y las luces de las lanternas parecían prometer un refugio temporal.

Pero antes de que pudiera dar el primer paso hacia la libertad, nuestra madre se volvió hacia mí.

—Rosse, querida, baila con Sir Olafsson. Sería una falta de cortesía no aceptar su ofrecimiento.

No me percaté de la mano extendida del hombre hasta que fue demasiado tarde. Mi corazón se aceleró mientras una voz desesperada resonaba en mi mente: *“Por favor, alguien... que alguien me saque de esto.”* El aire a mi alrededor parecía volverse más denso, casi sofocante, como si el salón entero se transformara en una jaula dorada de la que no podía escapar. Mis ojos buscaron instintivamente a mis hermanas, pero Hylsse y Tiara estaban inmersas en sus propias conversaciones, riendo junto a sus esposos sin percatarse de mi incomodidad. Nadie lo hacía. Nadie... excepto...

De repente, mi mirada lo encontró. Él estaba allí, el hombre de la mirada triste, casi imperceptible entre los asistentes. ¿En qué momento se había acercado tanto? Estaba apenas a unos pasos de mí, observándome con esa mezcla de melancolía y misterio que me había atrapado desde el primer instante en que lo vi.

Mi corazón dio un vuelco, y aunque no entendía del todo por qué, sentí una chispa de esperanza. Como si su sola presencia pudiera disipar la tensión que me asfixiaba. Su porte era elegante, pero no ostentoso, su mirada sería pero no intimidante, y algo en él me decía que no me dejaría a merced de estos lobos que me rodeaban. ¿Acaso había leído mi angustia desde la distancia? ¿O simplemente había decidido intervenir sin más?

Cada segundo se alargaba, convirtiéndose en una eternidad asfixiante, pero su cercanía era una promesa silenciosa de alivio. *“Por favor, haz algo,”* rogué en mi mente, anhelando que diera un paso más y me rescatara de esta situación que se volvía cada vez más insostenible. Él estaba allí, y, por primera vez en toda la noche, sentí que podía volver a respirar.

—Una noche encantadora, mi lady. Es un placer conocerla —dijo el hombre con una cortesía ensayada, extendiendo su mano hacia la mía. Sin pensarlo demasiado, ofrecí la mía, sintiendo el roce del beso que dejó sobre mi piel, un gesto tan

delicado como vacío de emoción. —Dicen que el baile es una excelente manera de conocerse mejor. ¿Me concedería el honor de una pieza para comprobarlo?

Antes de que pudiera articular una respuesta, la voz firme y autoritaria de mi madre irrumpió, marcando la conversación como una sentencia inapelable.

—Rosse, no seas descortés con el duque Tyrfingr —dijo mientras avanzaba hacia nosotros, su porte impecable y calculado como siempre. Colocó una mano ligera pero imperativa sobre mi hombro, su presencia una orden tácita—. Es un caballero de alta posición y uno de los mejores prospectos que podrías tener. No le hagas esperar.

Un nudo se formó en mi garganta. Quería protestar, encontrar las palabras que deshicieran esa expectativa, pero sabía que sería inútil. Mi madre no toleraba objeciones, y además... no quería bailar con Sir Olaffson, el hombre cuya mirada insistente me incomodaba al punto de hacerme desear desaparecer.

Mientras me miraba fijamente, su sonrisa permanecía serena, aunque sus ojos cargaban esa severidad que siempre encontraba la manera de imponerse. Entonces, inclinándose ligeramente hacia mí, susurró en un tono apenas audible:

—No cometes un error, Rosse. Este tipo de oportunidades no se presentan dos veces.

Mi pecho se apretó. Protestar era impensable. Con un asentimiento contenido, me volví hacia el duque Tyrfingr, quien aguardaba con una paciencia que no se veía afectada por el teatro a su alrededor.

—Será un honor, su gracia —dije finalmente, tomando su mano con la mayor compostura que pude reunir y una amplia sonrisa.

Mientras me guiaba al centro de la pista de baile, el peso de las miradas sobre mí se hacía casi insoportable, especialmente la de mi madre, que sentía como una sombra constante. Las palabras que había susurrado resonaban con insistencia en mi mente, una melodía discordante que me llenaba de dudas y frustración. Mientras nuestras manos se entrelazaban para iniciar el baile, una parte de mí anhelaba algo más, algo que parecía imposible bajo la atenta supervisión de este mundo dorado y restrictivo.

Al ingresar al centro del salón, el murmullo de los invitados parecía desvanecerse, dejando solo el resonar del piano y el tenue canto de los violines. La tristeza en la mirada de Tyrfingr era inconfundible, pero no le restaba ni un ápice a su elegancia. Mientras empezábamos a girar al ritmo de la música, sus pasos parecían encajar perfectamente con los míos, como si hubieran sido diseñados para ello.

—Por los dioses, duque... créame que, con esa expresión, pensarán que lo he obligado a bailar conmigo —dije, intentando aliviar la tensión que parecía rodearlo como una nube.

Él soltó una ligera sonrisa, una que parecía cargar más historia de la que podría explicar en palabras.

—Helly Tyrfingr, princesa. Le pido me disculpe por mi descortesía —respondió, su voz baja y melódica, como un eco del pasado que nunca había escuchado pero que, de alguna forma, reconocía.

—Helly... —repetí su nombre, probándolo en mis labios, como si intentara darle un sentido—. Es un nombre peculiar.

—Peculiar, quizás. Pero no me atrevería a compararlo con el suyo, Rosse. Siempre ha sido... especial —dijo, su mirada atrapando la mía por un instante demasiado largo.

Un leve estremecimiento recorrió mi cuerpo, pero meforcé a ignorarlo, enfocándome en los pasos de la danza.

—¿Siempre? —pregunté, confundida por la familiaridad en su tono.

Él sonrió de nuevo, esa sonrisa mitad enigmática, mitad nostálgica.

—Solo una forma de hablar —respondió con un deje de diversión.

Me sentía expuesta bajo esa mirada, como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos antes de que yo misma pudiera formularlos. ¿Era eso lo que provocaba esa sensación de nerviosismo que no podía controlar?

—¿Está disfrutando de su cumpleaños, princesa? —preguntó, cambiando de tema con una fluidez que me desconcertó.

—Lo estoy intentando. Aunque debo confesar que toda esta atención me resulta un poco abrumadora.

—En absoluto, mi lady. Si alguien aquí parece haber nacido para bailar, es usted. Sorprendente, considerando que parecía tan reticente a venir al centro de la pista —replicó, arqueando una ceja con una mezcla de admiración y picardía.

Rodé los ojos, aunque no pude evitar sonreír ante su comentario.

—No es que me gusté ser el centro de atención —admití.

—Lo imagino —dijo él, inclinando levemente la cabeza—. Pero ¿sabe algo? En mi opinión, esta noche le pertenece, y no hay nadie aquí que no esté fascinado con usted.

—Eso incluye al duque, ¿me equivoco? —repliqué, levantando una ceja en un intento por retomar el control de la conversación.

Una sonrisa ladeada apareció en su rostro, y algo en su expresión me dejó sin aliento.

—Definitivamente me incluye a mí.

La música cambió de ritmo, y él me guio con tanta precisión que parecía anticipar cada uno de mis movimientos. Era como si supiera exactamente cómo reaccionaría antes de que yo misma lo supiera. El calor subió a mis mejillas. No sabía si era el baile, las luces del salón, o la forma en que me miraba, pero algo en ese instante me hacía olvidar dónde estaba.

—¿Siempre habla así, duque? —pregunté, intentando mantener un tono casual.

—No. Solo cuando la ocasión lo merece —respondió, su voz cargada de un significado que no me atrevía a descifrar.

Mientras girábamos una vez más, sentí cómo su mirada parecía atravesarme, como si buscara algo más allá de lo evidente.

—¿Cómo es que somos tan... coordinados? —murmuré más para mí que para él.

—Hay cosas que no necesitan explicación, princesa. Simplemente... son —dijo, y por un instante su voz tuvo una nota de añoranza que no comprendí del todo.

Cada movimiento se calculaba meticulosamente, como si su cuerpo estuviera sincronizado con el mío. No lo entendía, ¿cómo podía ser esto tan natural, tan perfecto? Era como si hubiera conocido sus pasos antes de siquiera estar cerca de él. ¿es esto a lo que llaman química?

De repente, mi visión comenzó a volverse borrosa. Intenté mantener mi mirada fija en sus ojos, en ese azul intenso con destellos rojos que me anclaban a la realidad, mientras girábamos al ritmo de la música. Cada paso fluía con naturalidad, como si el baile fuera lo único que importara. Pero entonces, algo extraño ocurrió. Las imágenes frente a mí comenzaron a distorsionarse, a titilar como una escena difusa de una película antigua que parpadeaba entre mi mente y el presente.

Antes de darme cuenta, las imágenes se impusieron por completo. Ya no estaba en aquel gran salón, ni bailaba con el duque Helly. Ahora, las siluetas y luces del salón dieron paso a algo completamente distinto. La música se transformó, la música llenaba las calles, una melodía viva y envolvente que se sentía como un latido compartido por todos. Las luces colgantes iluminaban la plaza con un resplandor cálido, y las risas y aplausos de la multitud eran un eco de alegría constante. Sentí la textura de una mano sosteniendo la mía, firme pero gentil, guiándome entre las personas.

No sabía dónde estaba. No sabía quién era él.

Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de confusión y emoción que no lograba descifrar. Quería detenerme, girar, preguntar algo, pero mi cuerpo continuó adelante, obediente a una voluntad que no era mía.

—¿Seguro que nadie nos seguirá? —escuché mi propia voz decir, ligera y juguetona.

*¿Qué? Esa no era yo... ¿o sí?*

Una risa, baja y cálida, me envolvió. Podía sentir su vibración en el aire, tan cerca, tan familiar, que hizo que algo dentro de mí se agitara.

—Rosse, ¿cuántas veces he escapado contigo y cuántas veces nos han encontrado?

Rosse. Mi nombre. *Él conocía mi nombre.*

—Casi siempre —respondí, aunque no era yo quien lo decía, sino una versión de mí misma que no lograba controlar.

—Pero hoy no —dijo él con una confianza que me desarmó. Sentí el peso de su mirada, aunque no podía girar para verlo con claridad—. Hoy es nuestro. Solo nosotros, sin títulos ni obligaciones.

Su voz era todo: un refugio, un ancla, y al mismo tiempo, una tormenta que sacudía algo enterrado en lo más profundo de mí. ¿Por qué era tan familiar? Mis labios sonrieron, pero no por mi propia voluntad.

La música cambió, sentí la presión cálida de una mano sosteniendo la mía, guiándome con firmeza hacia el centro de la plaza. Quería resistirme, detenerme para observar, preguntar quién era este hombre, pero mi cuerpo no me obedecía. Cada paso que daba parecía tener vida propia, como si algo más profundo, algo instintivo, me llevara a seguirlo.

—¿Estás listo para avergonzarte frente a toda esta gente? —escuché que decía con una risa juguetona, y aunque no era yo quien hablaba, sentí la chispa de emoción en esas palabras como si lo fuera.

Su risa llegó de nuevo, ligera y perfecta.

—Eso depende de ti, querida —respondió él, su voz cálida y grave, envuelta en un humor ligero que me desarmó por completo—. Mi único objetivo esta noche es verte sonreír.

Antes de que pudiera procesarlo, él me giró hacia él, y de pronto estábamos rodeados por una explosión de movimiento. Parejas danzaban a nuestro alrededor, dando giros rápidos y elegantes, sus pies golpeando el suelo con una sincronización impecable que seguía el pulso frenético de la música.

Entonces comenzó nuestro baile.

Sus manos me guiaron con una seguridad absoluta, moviéndonos al ritmo de la música. No era un vals elegante como los que conocía, sino algo mucho más visceral, más libre. Cada paso era rápido y decidido, nuestros pies golpeaban el suelo con fuerza mientras saltábamos con una energía que parecía alimentarse directamente de la melodía.

—¿Cuándo aprendiste a bailar así? —escuché mi voz preguntar, con una mezcla de risa y asombro.

—Tal vez practiqué solo para impresionarte —respondió él, con una sonrisa que casi podía sentir más que ver—. O tal vez simplemente eres tan buena que me haces parecer mejor.

La multitud nos rodeaba, dando palmadas al ritmo, vitoreando y animando mientras otros bailarines se unían al centro y formaban círculos a nuestro alrededor. Él me giró, mis faldas volaron con el movimiento, y cuando me devolvió a sus brazos, la música alcanzó un crescendo que parecía vibrar en cada fibra de mi ser.

Los pasos se volvieron más intrincados, pequeños saltos y giros que requerían una sincronización perfecta. No podía evitar sonreír, aunque no entendía cómo mi cuerpo seguía el ritmo con tanta naturalidad. Sentía cada movimiento como mío, pero al mismo tiempo, como si alguien más estuviera manejando los hilos.

Sentí que arqueaba una ceja, divertida, y una chispa de alegría genuina se encendió en mi pecho.

—¿Ahora intentas halagarme?

—Siempre intento halagarte. Aunque no lo necesites, porque ya eres perfecta.

Mis mejillas ardieron, una calidez que reconocía pero que no entendía. Él era un extraño y, al mismo tiempo, alguien que parecía conocer cada parte de mí.

—Si sigues hablando así, voy a creer que estás tratando de compensar algo. ¿Qué hiciste? —dije, pero el tono de mi voz era más juguetón que acusador.

Él reía de nuevo, una risa que llenó el aire como una melodía propia. Me giró con una habilidad impresionante, y cuando me devolvió a sus brazos, el mundo pareció detenerse por un instante.

—Lo único que hice fue enamorarme de ti. ¿Eso cuenta como un crimen?

El calor en mi pecho creció, extendiéndose como un fuego que no podía controlar. Quise responder, decir algo, pero mis labios ya estaban adelantándose.

—Si lo fuera, ya estarías condenado de por vida —dije, sintiendo mis labios curvarse en una sonrisa que no era completamente mía, pero que también sentía como propia.

—Entonces estoy dispuesto a cumplir mi sentencia.

La música alcanzó un punto culminante, y él me levantó en un giro alto, mis pies apenas rozando el suelo. El mundo giró a mi alrededor, una mezcla de risas, luces y música que me dejó sin aliento. Cuando me bajó de nuevo, nuestros rostros quedaron peligrosamente cerca. Sus ojos brillaban con una intensidad que parecía traspasarme, y por un momento, todo lo demás desapareció. Quería preguntarle tantas cosas, pero algo dentro de mí sabía que no era necesario. En este instante, éramos perfectos. Éramos todo. Y aunque no lo entendía, sentí que nunca había sido más feliz.

Quise responder, decirle que sentía lo mismo, pero no pude. Las imágenes empezaron a parpadear, y su figura comenzó a desdibujarse como un espejismo. El sonido de la música cambió, y de pronto, el salón de baile volvió a materializarse a mi alrededor. Mi cuerpo aún seguía en movimiento, girando bajo la guía del duque Helly. El suelo firme bajo mis pies contrastaba con la ligereza que sentí momentos atrás.

Helly frenó el ritmo, su mirada fija en la mía, mientras una punzada de tristeza se apoderaba de mi pecho.

—¿Rosse? —preguntó Helly, su tono bajo y firme mientras frenaba el ritmo del baile—. Estás pálida.

—Es solo el calor... estoy bien —mentí, intentando evitar su escrutinio mientras una presión insoportable se apretaba en mi pecho.

—Eres pésima mintiendo —replicó, pero no insistió más.

El dolor no era físico, sino algo más profundo, más persistente. Y mientras aquella escena resonaba en mi mente, me pregunté qué significaba realmente. No podía entender por qué aquella visión se sentía tan real, ni por qué ahora, mirando a Helly, sentía una punzada de tristeza que no podía ignorar.

Sin perder el ritmo, siguió danzando con una calma que me desconcertaba. A pesar de lo incómoda que me sentía, había algo en sus ojos que me retenía. Algo que me hacía querer comprender lo que había detrás de esa mirada tan triste. La intensidad de su mirada parecía envolverme por completo. La música seguía sonando, pero todo a mi alrededor se desvaneció, dejándonos en una burbuja ajena a todo lo que nos rodeaba.

Finalmente, la música terminó, pero el mar de hombres desesperados por acercarse a mí no dudó en llegar. Vi cómo su figura se alejaba poco a poco, perdiéndose entre la multitud, y un suspiro escapó de mis labios sin que pudiera evitarlo. Uno tras otro, baile tras baile, una interminable sucesión de hombres que no dejaban de halagarme y de hablar de mi padre. No era solo mi apariencia lo que parecía interesarles, sino lo que representaba mi apellido, lo que mi nombre significaba. Para ellos, no era más que una oportunidad, un paso más hacia el poder, y yo no era más que una pieza en su juego. Cada sonrisa falsa, cada mirada interesada, era como un peso adicional sobre mis hombros.

Cuando el décimo quinto baile terminó -o quizás no sé qué número de baile era, perdí la cuenta desde el octavo-, el punto es que terminó. La multitud seguía allí, esperando, observando, ansiosos por el siguiente turno. Mi mente estaba nublada, mi cuerpo ya comenzaba a sentirse exhausto de tanto sonreír, de tanto escuchar halagos vacíos. El corse apretaba mi pecho, las enaguas me hacían sentir como si caminara con una carga invisible sobre mí. Todo en este salón parecía volverse cada vez más sofocante.

Me escabullí discretamente entre la multitud, buscando un respiro. Necesitaba escapar, aunque fuera por un momento, de esta danza interminable de apariencias. Mis pasos me guiaron hacia la puerta del jardín trasero, un rincón de la mansión que solía ser mi refugio en momentos como este. Sabía que no me seguirían, que nadie pensaría que huir era una opción. Todos estaban demasiado ocupados con sus propios intereses.

Mi respiración se volvió más tranquila al darme cuenta de que finalmente estaba sola. Las luces suaves del jardín iluminaban las flores, y el aire fresco acarició mi rostro, como si me recibiera con los brazos abiertos. Pero, aunque mi cuerpo descansaba, mi mente no podía dejar de dar vueltas. ¿Cuándo se había vuelto todo tan insoportable? ¿Cuándo mis propios deseos se habían perdido entre las expectativas de los demás?

Y, aun así, en el fondo de mi corazón, sabía que no podría escapar por mucho tiempo. Mi madre, con su sonrisa falsa y su mirada calculadora, nunca me dejaría ir tan fácilmente. El deber, el título, la responsabilidad... Todo eso siempre estaría ahí, esperando, acechando, como una sombra que no podría apartar.

Aquel lugar estaba lleno de rosas rojas, las favoritas de mi madre, y claro, mi padre no podía evitar llenar un jardín entero con ellas. Recorrí el camino que se trazaba en el centro del jardín, y al final, allí estaba, la estatua de un ángel tallado en piedra. Justo a sus pies, una placa de oro grabada con palabras que me hicieron detenerme.

Bastían Di Ansuz:1498-1507

Hijo, hermano, que los dioses guén tu camino ante su llamado, vuela alto en los cielos.

—Tal vez fui yo quien debió ser llamada, y volar muy alto... —me arrodillé junto a la placa, y las lágrimas comenzaron a fluir sin control. — Tal vez, si hubiera sido yo, todo encajaría mejor. Yo soy la pieza que no encaja.

—Todos tenemos un destino que cumplir —una voz familiar rompió el silencio abruptamente. Era Tyrfingr -. A veces estamos hechos para cosas más grandes.

—Dioses, duque Tyrfingr, una disculpa, no lo oí llegar. —Rápidamente, me sequé las lágrimas con la manga de mi vestido, intentando embozar una amplia sonrisa como si nada hubiera sucedido.

Él comenzó a acercarse, paso a paso, hasta quedar a mi lado. La luna era lo único que iluminaba el jardín, reflejándose en la placa que brillaba con el cuidado diario que mi madre ordenaba a los sirvientes.

—Llorar no le hace débil, princesa, retener esas lágrimas sí lo hace. —Su voz era suave, pero firme—¿Qué la llena de tanto pesar para que tenga que acobijarse entre la luz de la luna y la soledad para sentir la libertad de liberar sus sentimientos?

—¿Usted... nunca ha sentido que no pertenece a dónde está? ¿Que haga lo que haga, sigue sin tener lugar? ¿No ha sentido alguna vez el deseo de morir usted a cambio de la vida de un ser querido?

Tyrfingr se tensó ante las preguntas que le lancé de golpe, una tras otra, sin darle oportunidad de responder.

—Perdón, creerá que estoy loca...

—En lo absoluto, continúe.

Su tono tranquilo y sincero me hizo sentir que, por una vez, mis palabras no serían usadas en mi contra. Tomé una profunda bocanada de aire antes de hablar, sintiendo cómo el peso de los recuerdos se asentaba en mi pecho.

—Hace catorce años perdimos al tesoro de la familia, como mi madre lo llama... —dije, mirando la placa dorada que brillaba bajo la luz de la luna—Era temprano en la mañana. Yo tenía apenas tres años, era muy joven, por lo que no lo recuerdo con claridad. Pero hay fragmentos... imágenes sueltas que han quedado grabadas en mi mente.

Mi voz comenzó a quebrarse ligeramente, pero seguí adelante, sintiendo la necesidad de liberar ese dolor atrapado durante tantos años.

-Año 1507-

*El día era extraordinariamente soleado, la época en la que las mariposas salían de sus capullos y revoloteaban por los jardines de la mansión. En las fuentes, los rocíos creaban arcoíris brillantes que daban vida a la escena. Mi hermano Bastián me llevó al jardín trasero, donde las mariposas danzaban bajo la luz del sol. Era su lugar favorito. Desde allí, se podía ver a lo lejos las montañas de cría de dragones, revoloteando entre las nubes, o eso decía Bastián. Sinceramente, no lograba ver más que manchas oscuras moviéndose entre las nubes.*

*Aquel día, todo lucía perfecto. Sin embargo, de repente, Bastián empezó a correr entre las flores, como siempre lo hacía, cuando algo ocurrió. Su corazón dejó de latir correctamente. Se cree que el vínculo con su dragón fue manipulado.*

*Mi hermano cayó al suelo, y en mi mente infantil, pensé que estábamos jugando, que todo formaba parte de algún juego. No me acerqué a socorrerlo. Solo me quedé allí, sentada en el suelo, observando. Fueron las sirvientas que regresaban con la merienda quienes lo vieron y corrieron a pedir ayuda. Yo no hice nada.*

*Los curanderos llegaron tan rápido como pudieron. Yo solo recuerdo ver gente corriendo de un lado a otro, mientras permanecía sentada en aquel jardín, inmóvil, hasta que Glinda llegó por mí. Me llevó a la habitación, y fue entonces cuando los gritos de mi madre recorrieron toda la mansión.*

*Madre irrumpió en mi habitación, y me sacudió con desesperación, buscando respuestas que no tenía.*

*- ¿Dime por qué no hiciste nada, maldita mocosa? ¿Por qué continúas siendo una maldición? -gritaba, mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas.*

*Fue la primera vez que vi a mi madre perder la compostura, y la última, pues no la volví a ver hasta diez años después.*

*Me dijeron que el corazón de mi madre estaba tan roto que no había espacio para mí. Por eso, fue Glinda quien siguió cuidándome y educándome durante ese tiempo. Desde que nací, ella estuvo ahí conmigo, pero el vacío de mi corazón solo fue creciendo.*

-Año 1521-

El jardín trasero del palacio estaba envuelto en una quietud extraña, un silencio que contrastaba con la música y las risas del interior del salón. La fragancia de las flores se mezclaba con el aire fresco de la noche, pero ni eso lograba calmar la ansiedad que sentía dentro de mí. El duque Tyrfingr, ahora a mi lado, no decía una palabra, pero su presencia era tan palpable que me costaba concentrarme.

Me había abierto, quizás demasiado, revelándole la historia de mi hermano Bastián, de cómo su muerte había marcado mi vida para siempre, y de cómo mi madre me culpó por algo que no había sido mi culpa. Las palabras parecían vaciadas de significado en el aire, pero el peso de mi confesión me seguía apretando el pecho, como si no hubiera podido liberar esa carga.

Miré al duque, esperando que algo en su rostro revelara alguna reacción, pero en su lugar, sus ojos seguían fijos en el horizonte, como si buscara algo más allá de lo que estaba frente a él. Su expresión era grave, pero había algo en su mirada que me helaba el alma. Era como si estuviera tratando de comprender algo que lo lastimaba. Algo que no tenía que ver conmigo, pero que aun así me envolvía.

—Lo siento mucho... —su voz, baja y casi quebrada, cortó el aire entre nosotros. Al principio, no supe si había escuchado bien. Pensé que tal vez había sido mi imaginación jugando conmigo, pero cuando lo miré, vi que estaba completamente serio, casi arrepentido.

Quería decir algo, quería devolverle alguna palabra que pudiera hacerle entender mi dolor, pero no pude. El peso de la historia que acababa de contarle aún me tenía atrapada. Mi voz parecía haberse quedado atrapada en la garganta. Sin embargo, algo en su postura, en la forma en que mantenía sus manos juntas, me decía que estaba luchando contra algo interno.

Él se acercó un paso, apenas un movimiento, y pude sentir su mirada más cerca, más intensa. Algo en su presencia me desestabilizó aún más.

—No... No debí haberte contado esto. —Mis palabras salieron con más prisa de lo que esperaba, mis ojos bajaron hacia mis manos, como si de alguna manera pudiera esconderme en ese simple gesto.

—No, Rosse. No es eso —dijo rápidamente, como si hubiera querido calmarme, pero sus palabras me sonaron huecas, distantes, como si él mismo estuviera luchando contra una tormenta interior.

De repente, me sentí estúpida. *¿Por qué le había contado todo eso?* Había abierto mi corazón de manera tan sencilla, tan ingenua, como si él fuera alguien en quien pudiera confiar. *¿Qué esperaba, realmente?*

—No quiero que lo veas como un peso, Rosse... —sus palabras eran tan bajas, casi inaudibles, pero a la vez llenas de una carga emocional que me dejó paralizada.

Mis ojos lo miraron con más intensidad, buscando respuestas en su rostro, pero lo que vi no me dio paz. Su tristeza no desaparecía, al contrario, parecía intensificarse. Me sentí observada, como si de alguna manera mi dolor le perteneciera, como si su propia pena estuviera atada a mi sufrimiento.

—Duque Tyrfingr... —comencé a decir, intentando encontrar alguna manera de romper ese silencio pesado que nos envolvía. Pero cuando intenté hablar, él alzó la mano, casi imperceptiblemente, deteniéndome.

—Nunca debí... hacerte esto. —Su voz sonaba como si peleara contra algo dentro de sí, y antes de que pudiera reaccionar como si luchara contra sí mismo, él se apartó con rapidez, como si el peso de lo que iba a decir fuera demasiado.

Mi corazón se aceleró. *¿Qué estaba pasando? ¿Qué iba a decirme?* Las palabras quedaron flotando en el aire, no dichas, pero presentes, como si él hubiera querido revelarme algo más grande, algo que yo no comprendía.

Y en un instante, él ya no estaba ahí. Su figura se desvaneció en la oscuridad del jardín trasero, como si hubiera decidido huir antes de que su propia verdad lo alcanzara. Me quedé sola, incapaz de procesar lo que acababa de suceder. *¿Por qué me había dejado así? ¿Por qué huía?*

Me sentí estúpida por haberme abierto a él. Estúpida por haber creído que podría confiar en alguien como el duque Tyrfingr, que parecía tan distante, tan lleno de secretos. Tal vez nunca debía haberle contado mi historia. Tal vez, todo esto había sido un error. Mis pensamientos se atropellaban. *¿Qué había pasado?* Algo dentro de mí quería saber más, pero la confusión me impedía moverme. *¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué sentí que el duque sabía algo más de mí, algo que yo no entendía?* Pero, más allá de las preguntas, había algo más claro en mi mente. No sabía si quería seguir buscándolo.

Ignorando esas punzadas en el corazón regrese al interior del salón, de nuevo las miradas sobre mis hombros,

## Capítulo 2

Año 1522

*En el año 900, estalló una guerra que sacudió los cimientos del Imperio de Drimora. Más de doce reinos se enfrentaron en una voraz lucha por la conquista y el dominio. De ese caos surgieron alianzas y enemistades, moldeando el destino de la*

*región. Lo que hoy conocemos como Drimora nació de los reinos que lograron unirse, mientras el Imperio de Svartveldi se convirtió en el refugio de los traidores.*

*La historia del sacrificio de nuestros antepasados ha sido narrada desde nuestro primer aliento, una epopeya que relata la última sangre derramada por la paz... o al menos, eso es lo que siempre creímos.*

Los copos de la última nevada aún cubrían los suelos como un manto helado cuando se anunció mi nombre en la lista. Siempre he odiado esta época del año: el silencio sepulcral de los animales que se esconden del frío, el aire gélido que me recuerda mi soledad, y ese cielo gris, perpetuamente melancólico, que parece conspirar para arrancarme lágrimas. Nadie sospecharía que hace apenas un año bailaba alegremente junto a mi padre en la ceremonia de mi cumpleaños. Aquella noche, el salón brillaba con luces y risas, pero ahora, esos recuerdos me llegan envueltos en un halo de nostalgia amarga.

Sin embargo, junto con la tristeza, una extraña sensación de alivio se apodera de mí. Después de aquella celebración, las propuestas de matrimonio de lores y caballeros comenzaron a llover sobre el palacio como una tormenta de obligaciones indeseadas. Por suerte, no tuve que soportarlo por mucho tiempo. El emperador de Drimora, con la autoridad que nadie cuestiona, anunció un nuevo decreto que cambiaría todo.

**“Por decreto imperial del emperador de Drimora, toda familia que posea un tercer hijo está en la obligación de entregar a uno de ellos al imperio.**

Si el hijo es mayor de dieciocho años, deberá presentarse en un plazo máximo de dos meses en la Academia Imperial de Drimora, ubicada en la isla adyacente al puerto de la ciudad imperial. En el caso de ser menor de edad, deberá asistir treinta días antes de su décimo octavo cumpleaños. A partir de ahí se realizará una selección anual para nuevos cadetes.

En la academia, sus hijos recibirán cuidados equivalentes a los del hogar y se consolidarán como parte de la fuerza del imperio. Durante su formación, se les brindará la oportunidad de elegir entre tres prestigiosas secciones:

- **Sección Vald:** Encargada de la salud y bienestar de las fuerzas imperiales.
- **Sección Minnar:** Dedicada a la preservación y expansión de nuestra historia mágica y el desarrollo de la hechicería.
- **Sección Bloodjarta:** Núcleo de la fuerza militar del imperio, donde se les permitirá reforzar el vínculo con el dragón o hafdyr al que estén unidos de nacimiento. En caso de no poseer un vínculo inicial, tendrán la posibilidad de forjar uno nuevo con una criatura acorde a su destino.

**En ninguna circunstancia se permite a las familias omitir este decreto. Que este sacrificio sea la muestra más alta de su lealtad al imperio.”**

Para mi madre, la decisión fue sencilla. No necesitó titubear al escoger cuál de sus hijas sería sacrificada. Mis hermanas mayores, Hylsse y Tiara, ya estaban casadas, consolidando alianzas que fortalecían el reinado de nuestra familia Di Ansuz. Quedaba yo, el eslabón más débil, el obstáculo, el lastre que se negaba a aceptar un matrimonio "conveniente" para nuestra dinastía. No dejaba de ser, en sus ojos, su mayor maldición.

El viaje hacia el puerto imperial duró varios días. Cada kilómetro recorrido me llenaba de una mezcla extraña de resignación y liberación. Pero cuando el leve olor salado del mar llegó a mis sentidos, supe que habíamos llegado al final del camino.

El puerto era un caos organizado. Multitudes de jóvenes se agolpaban alrededor de un imponente barco que aguardaba para llevarlos a la academia. Sus rostros eran un espejo de mi incertidumbre, pero también de algo que me resultaba ajeno: esperanza. Sin embargo, mi condición como princesa me apartaba de ellos.

Mi entrada estaba marcada por una embarcación privada, adornada con la bandera de la familia Di Ansuz ondeando con orgullo. Una señal visible para todos, un recordatorio de que incluso los reyes debían sacrificar a su propia stirpe.

Al cruzar el umbral hacia aquella embarcación, sentí el peso de las expectativas de mi madre, las miradas inquisitivas del pueblo y el eco de la maldición que ella siempre me atribuyó. Pero, sobre todo, sentí que dejaba atrás una parte de mí que quizás nunca volvería.

—Hemos llegado, mi princesa. A partir de aquí no estamos autorizados a acompañarla —indicó el conductor del carruaje con una inclinación respetuosa.

Bajé del carruaje con cuidado, tomando cada escalón como si fuera un abismo. La brisa salada del mar se mezclaba con el frío húmedo que parecía emanar de la tierra y el agua. El contraste me revolvió el estómago, pero me vi obligada a mantener la compostura. Con movimientos controlados, ajusté ligeramente mi corsé en un intento de obtener un poco más de espacio para respirar.

Tomé mis maletas y comencé a caminar en la dirección que me habían indicado. El puerto se alzaba ante mí como una visión monótona: gris concreto y piedras desmoronadas. El único verde que rompía esa monotonía era el musgo que crecía en los muros, como una rebelión silenciosa contra la dureza de aquel lugar.

Sin embargo, mi camino era diferente. Por donde debía avanzar, se extendía una larga alfombra de un rojo carmesí profundo, con bordes dorados que brillaban bajo la luz tenue del día nublado. A ambos lados, hileras de soldados permanecían firmes, como estatuas vivientes, escoltándome con miradas imperturbables.

Era irónico, casi grotesco, cómo tanta elegancia y ceremoniosidad envolvían mi marcha hacia el sacrificio. La alfombra no hacía más que recordarme lo que era: no una princesa, ni una hija, sino una ofrenda. Cada paso que daba sobre aquel carmesí me hacía pensar en la sangre derramada por quienes habían caminado antes que yo.

Avancé con la cabeza en alto, mis pasos resonando en el puerto vacío de emociones. Pero dentro de mí, sentía que aquella alfombra no conducía hacia una embarcación, sino hacia el abismo que mi madre, mi familia, y mi reino habían trazado para mí. Aun así, la libertad me llamaba y este era el primer paso.

Caminé firmemente, aunque con cada paso sentía el peso de mi propio destino oprimiendo mi pecho. Llegué a unos nuevos escalones que conducían a la embarcación, pero un estruendo helado me obligó a detenerme. El sonido cortante provenía de mi lado izquierdo. Mi mirada se giró instintivamente hacia la dirección del ruido, justo a tiempo para ver otro bloque de hielo desprenderse de una gran altura y chocar con otro que permanecía sólido en la superficie del agua.

Un escalofrío recorrió mi espalda, y el mareo que llevaba conmigo desde que partí volvió a intensificarse. Sentí cómo mi mente se vaciaba, un blanco absoluto que parecía devorar mi percepción del mundo.

—¡Ástengel! ¡Corre! —Una voz masculina resonó en mi mente, emocionada, cálida, como un eco desde algún rincón olvidado de mi memoria.

No reconocía aquella voz, pero algo en ella me resultaba extrañamente familiar. Antes de darme cuenta, estaba corriendo, siguiendo el llamado de ese hombre desconocido. Su mano, cálida y firme, se entrelazó con la mía, y un destello de emoción desconocida llenó mi corazón. Y de nuevo ese nombre Ástengel.

Recogí las faldas de mi vestido, dejando atrás toda compostura, solo para mantener el paso. Mi pecho se llenó de una emoción inexplicable, una mezcla de euforia y nostalgia que parecía venir de un lugar mucho más profundo que la razón.

De repente, un estruendo lejano interrumpió nuestra carrera. Ambos nos detuvimos y miramos hacia el cielo, que ahora se llenaba con la imponente presencia de un grupo de dragones. Sus siluetas negras y majestuosas surcaban el horizonte, dirigiéndose al oeste.

—Tienes que volver, Ástengel —dijo el hombre, con una intensidad que traspasaba cualquier barrera de tiempo o espacio.

Antes de que pudiera responder, tomó mi rostro entre sus manos y sus labios se encontraron con los míos en un beso apasionado. Fue como si todo el aire hubiese sido arrancado de mis pulmones, como si el mundo entero desapareciera, dejando solo aquel momento entre nosotros. Su calor, su urgencia, todo me resultaba tan real que me olvidé de quién era, de dónde estaba, incluso de quién debía ser.

El rugido ensordecedor de algo enorme a mis espaldas rompió la ilusión. De repente, mi visión se nubló y el peso de la realidad volvió a caer sobre mí.

Parpadeé, confundida, y me encontré nuevamente de pie frente al imponente barco que marcaba mi destino. Mi respiración era pesada, mi mente giraba en círculos.

¿Qué había sido eso? Me llevé una mano al pecho, buscando algo que no podía nombrar. Era solo un recuerdo o un sueño, pero el calor de aquella mano y la intensidad de ese beso permanecían conmigo como si hubieran sido reales.

—Entiendo su emoción, princesa, pero cada minuto que pasemos aquí retrasa su llegada. Discúlpeme el atrevimiento, pero necesito que se suba a bordo —mencionó un anciano con una cálida sonrisa, señalando el camino hacia el barco.

Sus palabras eran suaves, bien intencionadas, pero parecían retumbar en mi mente como una orden imposible de cumplir. Mi cuerpo permanecía inmóvil, mis pies anclados al suelo como si las raíces de aquel puerto gris hubieran trepado por mis piernas, sosteniéndome en un lugar al que ya no pertenecía. El aire salado se colaba en mis pulmones, pesado, opresivo.

Mi corazón golpeaba con fuerza dentro de mi pecho, cada latido resonando en mis oídos mientras mi mente se debatía entre el presente y esa extraña visión que me había embriagado momentos antes. El calor de aquella mano desconocida, la intensidad de ese beso... todo era tan vívido que me costaba creer que no había sido real. Pero debía serlo, ¿cierto? Solo un producto de mi ansiedad, un síntoma más de esta sensación sofocante que se había convertido en mi sombra constante.

Respiré hondo, buscando calma en el movimiento repetitivo de las olas que chocaban con el muelle. El anciano seguía esperando, su expresión de paciencia combinada con una pizca de preocupación. No podía permitir que viera mi debilidad. Con un esfuerzo monumental,forcé una sonrisa, aunque mis labios temblaban con el mismo nerviosismo que mis manos.

—Por supuesto... —logré murmurar, mi voz apenas un eco de lo que debía ser.

Acomodé mis maletas en un intento de mantener mis manos ocupadas y di el primer paso hacia el barco. Sentí como si estuviera atravesando una barrera invisible, como si cada escalón me separara más de lo que conocía. Mi respiración era errática, la sensación de asfixia se hacía más presente a cada segundo. El corsé que llevaba parecía apretarme más con cada movimiento, y tuve que detenerme brevemente en el último peldaño para reajustarlo, buscando un respiro que nunca llegaba del todo.

*“Es absurdo, solo es ansiedad. Es lo de siempre”* me repetí en silencio, aferrándome a la única explicación lógica que me quedaba. *“Nada de eso fue real. Solo... sigue adelante.”*

El barco se alzaba ante mí, imponente y solemne, como un recordatorio de todo lo que estaba dejando atrás. Las ansias de escapar, de regresar corriendo al carruaje y esconderme del mundo, se mezclaban con la certeza de que no había vuelta atrás. Este era mi destino, mi deber, las puertas a mi libertad. Aunque cada fibra de mi ser gritara lo contrario, debía avanzar.

El viaje hacia la academia tomó un día entero, pero cuando el barco finalmente encalló en el puerto de la isla, no era la única en llegar en una embarcación privada. A mi izquierda, dos barcos similares habían atracado apenas unos minutos antes, y a mi derecha, se alzaba imponente el enorme navío que transportaba a los estudiantes que no provenían de casas reales. Resultaba irónico, considerando que, a partir de nuestra incorporación a la academia, se suponía que todos seríamos iguales. El hogar quedaría atrás, y las fuerzas del imperio se convertirían en nuestra nueva familia.

Con el aire cargado de sal y expectativa, me apresuré a prepararme. Tomé mis maletas y descendí del barco, el eco de mis pasos resonando contra la pasarela de piedra. La brisa marina seguía trayendo consigo esa extraña mezcla de nostalgia y ansiedad que no me había abandonado desde que dejé el puerto imperial.

Frente a mí, un arco monumental marcaba el inicio del camino hacia la academia, imponente y casi intimidante en su magnificencia. Mientras caminaba, mi mente no podía evitar divagar sobre las decisiones que pronto tendría que tomar. Ya estaba convencida de que mi lugar sería en la sección **Vald**. Desde pequeña, había mostrado afinidad por la magia de sanación; mis habilidades para crear ondas curativas eran algo natural, casi instintivo. En cambio, la sección **Minnar**, con sus interminables horas de estudio y la necesidad de explotar la carga mágica al máximo, me parecía una carga demasiado pesada. Y la sección **Bloodjarta**... solo el nombre me erizaba la piel. Su propósito, vincularse con *dragones o hafdyres* para ser la fuerza del imperio, sonaba más como una sentencia de muerte que como un destino honorable.

El camino se extendía frente a mí, acompañado por la sombra de árboles altísimos que parecían susurrar historias de quienes habían pasado antes por este mismo lugar. Cada paso me acercaba más al inicio de esta nueva vida, pero también me alejaba de todo lo que había conocido. Mi corazón latía con fuerza, mientras una mezcla de determinación y miedo me impulsaba hacia el futuro incierto que me esperaba.

La entrada a la academia se alzaba imponente, con un marco de puertas tan grande que parecía diseñado para intimidar incluso al más valiente. La multitud no tardó en cruzarlas, una marea de jóvenes con miradas que iban desde el miedo hasta la emoción contenida. Todos éramos extraños, pero compartíamos la misma incertidumbre: ¿qué nos ofrecería esta nueva vida?

El amplio pasillo de piedra nos conducía a un patio circular, sus altos muros bañados por el brillo de luces violetas que parpadeaban con un ritmo casi hipnótico. Era evidente que se trataba de hechicería; la magia parecía impregnarse en cada rincón de este lugar. Observé a los demás mientras avanzábamos: no éramos tantos como esperaba, apenas unos cien estudiantes, y entre ellos, solo tres descendientes reales. Una chica de cabello dorado, un joven con porte altivo, y yo. "Sacrificios reales", me corregí en mi mente. Ese título parecía encajar mejor con nuestra situación.

—Ingresen rápidamente y coloquen sus pertenencias a los costados del patio de bienvenida, justo en la línea roja. Luego, tomen asiento, por favor. —La voz de una mujer resonó claramente, aunque no había levantado demasiado el tono. Su túnica gris contrastaba con el brillo violeta de las paredes, y su mirada era tan afilada como su instrucción. Era obvio que su voz estaba potenciada por hechicería para que todos la escucháramos con precisión.

Conforme a sus indicaciones, avanzamos hacia la línea roja que bordeaba el patio y dejamos nuestras pertenencias allí. Mis maletas quedaron junto a maletas más modestas y un pequeño bolso de cuerda que alguien había traído. Aunque no dije nada, la mezcla de equipajes hablaba de lo diversos que éramos en este grupo. Sin embargo, no había tiempo para reflexionar. Miré a mi alrededor, buscando dónde sentarnos, pero no había ninguna silla a la vista.

De repente, las luces violetas que adornaban los bordes superiores del patio se intensificaron, inundando el espacio con un resplandor casi cegador. Un murmullo de asombro se extendió entre nosotros, y, antes de que pudiéramos comprender lo que ocurría, el suelo tembló bajo nuestros pies. Desde las profundidades de la piedra emergieron sillas, cada una perfectamente tallada y alineada en círculos concéntricos alrededor del centro del patio.

El silencio reinó mientras todos nos apresurábamos a sentarnos. La sorpresa se reflejaba en cada rostro, pero nadie se atrevió a cuestionar lo ocurrido. Yo tomé asiento en una de las sillas de piedra, su superficie fría contrastando con el calor que mi cuerpo irradiaba debido a los nervios. Con las manos entrelazadas en mi regazo, mi mirada recorrió el espacio, consciente de que lo que acababa de ocurrir era solo el inicio de un mundo completamente distinto al que conocía.

—Princesa, ¿correcto? —preguntó una voz femenina a mi lado, cortando mi concentración y obligándome a desviar la mirada del centro del patio hacia ella.

—¿Cómo es que...? —No terminé la pregunta, pues la mujer ya comenzó a responderme, anticipando mi duda.

—Tu vestido de finas telas, el corsé que resalta tu figura, y la diferencia entre tus maletas y las de los demás... es más que evidente que eres de la realeza, ¿no es así? —su rostro mostraba una expresión que no podía descifrar, pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos brillantes, llenos de una emoción inexplicable. Su cabello rubio, ligeramente rizado pero opaco, caía desordenado sobre su rostro, y las ropas que vestía, aunque cuidadosamente acomodadas, presentaban parches evidentes, bordados intentando disimular rasgaduras por el desgaste.

—Sí —respondí con una ligera vacilación. No éramos iguales, al menos no hasta ese momento, pero algo en su rostro lleno de felicidad logró transmitir una extraña sensación de paz en mi interior.

—Es un placer, su majestad. Mi nombre es Trea, soy del reino Lyrannis. —exclamó con gran entusiasmo, extendiéndome su mano. La piel de sus dedos estaba cubierta por callos y cicatrices de pequeñas heridas, testigos de una vida que no había sido tan sencilla como la mía.

—Rosse. Aquí ya no soy princesa —dije, sonriendo ligeramente mientras estrechaba su mano. —Del reino Di Ansuz.

Nuestra alegre conversación se vio interrumpida la mujer de túnica gris se levantó y miró a todos los estudiantes con una expresión solemne, su voz resonó en el amplio patio, amplificadas por hechicería para que todos pudieran escucharla claramente.

—Bienvenidos, estudiantes de la Academia Imperial de Drimora. Hoy marcará el principio de una nueva vida para cada uno. Han cruzado el umbral de este lugar no solo como individuos, sino como miembros de una nueva familia: la familia de la fuerza imperial.

Hizo una pausa breve, observando a todos con atención.

—Dejan atrás los lazos de sangre que alguna vez les definieron, para ser forjados en los valores que nos unen, los que nos convierten en una fuerza imparable. Desde este momento, ya no son más hijos de reinos, duques ni casas reales. Ahora son hijos de Drimora, ciudadanos de un imperio que trasciende cualquier vínculo de cuna. Este lugar será su hogar, su refugio y su destino. La familia que aquí encontrarán es más que un simple grupo: es el poder que protege a toda nuestra tierra, es la voluntad que guiará sus pasos.

El silencio se apoderó del lugar, y la tensión en el aire se volvió palpable. De repente, un fuerte aleteo resonó, y uno a uno, los dragones comenzaron a posicionarse en los bordes superiores de los muros. Sobre sus imponentes cuerpos, jinetes vestidos con ropas del mismo color que sus criaturas se camuflaban perfectamente, fusionándose con sus escamas. Solo las pecheras metálicas que adornaban a los jinetes permitían distinguir sus figuras, casi invisibles en la penumbra del anochecer.

—La lealtad a este imperio será su única prioridad, y las lecciones que aprenderán aquí los prepararán para enfrentar el futuro, cualquiera que sea. Hoy, cada uno de ustedes comienza un viaje que va mucho más allá de sus sueños y ambiciones. Aquí, las reglas son claras: ya no existen hogares, solo un propósito común. Lo que dejen atrás, lo han dejado por una razón. Ya no importa quiénes fueron, solo quiénes llegarán a ser bajo nuestra tutela.

De repente, los dragones abrieron sus fauces y el calor se hizo presente en el lugar. Su fuego, abrasador y feroz, consumió sin piedad todo lo que estaba a los costados: nuestras pertenencias. Las llamas arrasaron rápidamente con las maletas y objetos que habíamos dejado a un lado. Los gritos de sorpresa y pavor retumbaron por el lugar, pero nadie se movió para intentar salvar nada. El miedo paralizó a todos, y solo observaban en silencio cómo sus pertenencias se desvanecían en un mar de fuego. Nadie resultó herido, pero el espectáculo de destrucción era tal que el miedo aún se mantenía en el aire.

—Recuerden siempre que, aunque el sacrificio de sus antiguos hogares fue grande, la recompensa será aún mayor. Cada uno de ustedes tiene un lugar aquí, y es un honor ser parte de esta familia.

Un leve suspiro escapó de ella antes de concluir.

—Ahora, avancen con orgullo, uno a uno, en el orden en que tomaron sus asientos. Cortarán su mano sobre la llama de la verdad. Si el color que tome el fuego es verde, pertenecerán a la sección Vald. Si se torna magenta, serán parte de la sección Minnar. Y, finalmente, si el fuego se vuelve rojo, serán asignados a la sección Bloodjarta.

Con esas palabras, la mujer se retiró lentamente, dejando una sensación de solemne importancia en el aire, como si cada uno de nosotros estuviera a punto de ser marcado por su destino.

—¿Alto? ¿No se supone que escogíamos dónde pertenecer? —susurré a Trea, mi voz llena de incertidumbre. Ella solo alzó los hombros, igual de confundida que yo.

—Yo quería pertenecer a la sección Minnar... Confío en que mi sangre guiará mi camino —dijo Trea, sin apartar la mirada del fuego que empezaba a cambiar de color, mientras los estudiantes comenzaban a derramar su sangre sobre el caldero de llamas en el centro del patio.

Uno a uno, como se nos indicó, pasaron al centro y derramaron su sangre, haciendo un corte profundo sobre nuestra mano. El fuego danzaba, impulsado por la brisa de la noche y el vapor que escapaba de las bocas de los dragones.

Trea fue la primera de las dos en avanzar al centro. Hizo el corte en su palma, y cuando las primeras gotas de sangre cayeron, el fuego cambió, tornándose de un rojo brillante.

Mierda.

Un nudo se formó en mi estómago. Ya no nos volveríamos a ver. Era una sentencia de muerte segura. Pensé que, al fin, había encontrado una amiga, alguien con quien compartir este destino, pero parece que me adelanté al querer formar lazos.

De repente, era mi turno. Trea regresó a su lugar y me sonrió, intentando transmitirme calma, pero su mirada también llevaba una tristeza evidente. Seguramente, su destino fue una decepción para ella.

Me levanté de mi asiento y caminé hacia el centro con la elegancia que mi madre había inculcado en mí desde pequeña. Era tan natural, tan automático, que lo hacía sin pensar. Mi vestido rosa destacaba demasiado entre la multitud, cuyos atuendos eran en su mayoría colores otoñales. Solo los dos que también pertenecían a casas reales vestían colores distintos: uno en verde y el otro en azul. Aun así, mis ropas parecían desentonar en este entorno sombrío, como si no pertenecieran allí. Siempre sin pertenecer.

Tomé el cuchillo y tracé una línea horizontal sobre mi mano, presionando con firmeza hasta que la carne cedió y mi sangre comenzó a brotar. No era algo ajeno a mí; varias veces, en casa, había hecho lo mismo, trazando esa misma línea en mis muñecas, sabiendo perfectamente cuánta fuerza aplicar para que la sangre comenzara a resbalar. Era una sensación nostálgica, casi familiar. Las gotas cayeron sobre el fuego, y este cambió de color rápidamente, sin titubear, tornándose en un rojo intenso. Irónico. Cuántas veces deseé morir, y ahora, de alguna manera, había firmado mi propia sentencia de muerte. Un escalofrío me recorrió, y un miedo indescriptible se apoderó de mí.

—Al menos, estamos juntas, ¿no? —dijo Trea sacándome de mis pensamientos cuando tome asiento a su lado nuevamente.

—Será bueno tener una amiga— sonreí intentando mostrar felicidad.

Cuando la última persona cruzó ante el fuego de la verdad, la mujer tomó su lugar nuevamente en el centro del patio. Con un leve movimiento, abrió las puertas situadas a ambos lados del muro, cada una de ellas conduciendo a los edificios de las distintas secciones. Aunque todos éramos parte de una "familia", las secciones no se mezclaban más que en ceremonias y en batallas.

Junto a Trea, cruzamos la puerta de color ónix y, tras recorrer un largo pasillo, llegamos a la sala central de la sección Bloodjarta. Allí nos esperaban los líderes de la sección, cada uno vistiendo los colores y ropas de los dragones que habíamos visto anteriormente, lo que indicaba que eran sus jinetes. Sobre sus hombros, llevaban el símbolo de su división, junto con su rango y el año en que se unieron a la sección.

Primero, vi a dos mujeres con uniformes de cuero ceñido, ambos de color rojo intenso. Luego, dos hombres: el primero tenía el cabello casi plateado y su uniforme de un azul oscuro que contrastaba con su presencia. Pero el último, el que realmente me sorprendió, era él... Tyrfinger.

Portaba un uniforme negro, perfectamente ajustado, que resaltaba su figura de una manera inesperada. ¿Qué demonios hacía un duque aquí?

—Lo conoces Rosse? —dijo Trea mirándome con curiosidad.

—Creo...

Tyrfingr avanzó lentamente hasta colocarse frente a todos, su presencia imponente llenando el espacio. Aunque su rostro permanecía impassible, su mirada, antes cargada de melancolía, reflejaba la solemnidad del momento. El silencio se hizo absoluto cuando comenzó a hablar, su voz grave resonando en el aire como un eco que todos escucharon con atención.

—Bienvenidos a la sección Bloodjarta —dijo, haciendo una pausa para observar las caras de los nuevos estudiantes—. Este no es un lugar de promesas fáciles, pero sí es un lugar donde los que tengan la fortaleza necesaria encontrarán su verdadero propósito. Aquí, todos ustedes forjarán un vínculo con una criatura, uno que será su compañero, su igual, su sombra. Pero no se engañen, ese vínculo no será inmediato, ni fácil. En sus primeros días, será frágil, inestable. Para aquellos de ustedes que ya nacieron con un vínculo predestinado, el camino será más claro, pero incluso así, será una prueba.

La mirada de Tyrfingr recorrió la sala, asegurándose de que sus palabras calaran hondo en cada uno de los presentes.

—Los vínculos que formarán aquí no son meras conexiones mágicas. Son la piedra angular de su supervivencia, de su existencia. Y si no logran mantener ese vínculo, si no logran hacer que la criatura y ustedes se conviertan en uno solo, la consecuencia será clara: la pérdida. Aquí no hay espacio para la debilidad, ni para los que no pueden sostener su parte de la unión.

Tyrfingr hizo una breve pausa, dejando que el peso de sus palabras se asentara sobre los estudiantes.

—Cada uno de ustedes tendrá que enfrentarse a su propia batalla interna. Pero recuerden, este vínculo no solo es una prueba de fuerza, sino de voluntad. Solo aquellos que tengan la determinación para dominar su propia magia y establecer un lazo inquebrantable, serán los que verdaderamente pertenezcan a esta sección. El futuro que les aguarda no estará definido por la magia de sus criaturas, sino por la magia que ustedes sean capaces de dominar dentro de sí mismos.

Al terminar, sus ojos recorrieron la sala una vez más, como si quisiera medir la reacción de cada uno. Aunque no la mía, pues nunca me miro.

—Ahora, prepárense —continuó Tyrfingr, su tono manteniéndose tan frío como la noche que nos rodeaba—. Tienen veinte minutos para organizarse. En esta sección contamos con tres habitaciones, cada una equipada con diez literas. Como podrán deducir, eso significa que solo hay espacio para sesenta estudiantes. Son sesenta y tres.

Sus palabras cayeron como un balde de agua helada, y un murmullo inquieto comenzó a recorrer la sala, aunque nadie se atrevió a interrumpirlo. Él, sin inmutarse, prosiguió.

—Esta será su primera prueba: reclamar su lugar. Encuentren una cama, aprópiense de ella, defiéndanla si es necesario. Esto marcará lo primero que les pertenezca en esta academia, lo único que será verdaderamente suyo en este inicio.

La pausa que hizo fue breve pero intencionada, como si quisiera que todos sintiera el peso de lo que acababa de decir.

—No busquen justicia ni comodidad, porque aquí ninguna está garantizada. Lo único que les garantizo es que esta prueba determinará quién está dispuesto a luchar desde el primer día. Ahora, adelante.

Se retiró unos pasos hacia un lado, dejando claro que ya no quedaba nada más por decir. La tensión era palpable, y todos sabíamos que el reloj había empezado a correr.

Apenas Tyrfingr dejó de hablar, el lugar estalló en un caos. Gritos, pisadas apresuradas y el sonido de cuerpos chocando entre sí llenaron la sala mientras todos corrían desesperados por asegurar un lugar. Permanecí inmóvil, mi mirada fija en él, intentando encontrar algún rastro de reconocimiento, alguna señal de que recordaba nuestra breve charla. Pero no ocurrió.

¿Tan rápido se había olvidado de mí? Una punzada aguda atravesó mi pecho, y el peso de la realidad me hizo sentir ahogada, como si el aire del lugar se hubiera vuelto insuficiente. Mis pensamientos se dispersaban en un torbellino hasta que una mano firme me sacó de mi parálisis.

—¡Vamos, Rosse! —gritó Trea, tomando mi brazo y tirando de mí con fuerza.

Sin saber cómo, sus pasos decididos nos llevaron hasta una de las habitaciones. Su rapidez nos permitió alcanzar una litera justo antes de que el tumulto se volviera aún más violento. Recuperé el aliento mientras mis ojos recorrían el caos que se desarrollaba a nuestro alrededor. Personas forcejeaban, empujaban y golpeaban en un frenesí por asegurarse un lugar. La desesperación era un manto pesado que cubría cada rostro.

Un grito agudo a mi lado me sacó de mis pensamientos. Giré hacia el sonido y mis ojos se abrieron de par en par al ver a una chica sujetando a Trea por el cabello, descargando un puñetazo brutal contra su costado.

—¡Rosse! —alcanzó a decir Trea, con la voz rota, antes de recibir otro golpe que la derribó junto a la litera que habíamos asegurado. La atacante arrancó el uniforme que Trea había tomado de sobre la cama y lo alzó en señal de triunfo, mientras yo sentía un torrente de ira y miedo arremolinándose en mi interior.

El miedo quiso paralizarme, pero ver a Trea, tan frágil y delgada, siendo golpeada sin piedad encendió en mí una llama que nunca supe que tenía. Con un movimiento rápido, rasgué la manga de mi vestido y, antes de que mi conciencia pudiera detenerme, me posicioné detrás de la enorme chica que la agredía. Enrollé la tela improvisada alrededor de su cuello y comencé a tirar con todas mis fuerzas, buscando cortar su aire para que soltara a Trea.

Funcionó.

La agresora dejó de golpearla y su atención se dirigió de inmediato hacia mí. Sus manos volaron hacia atrás, intentando alcanzarme, pero esquivaba sus intentos con movimientos torpes, mi cuerpo temblando por la mezcla de adrenalina y miedo.

Un minuto interminable transcurrió mientras su desesperación aumentaba. Sus intentos de liberarse se volvían cada vez más frenéticos, sus uñas rozando mis brazos y su aliento convirtiéndose en jadeos irregulares. Finalmente, su mano derecha logró sujetar mi cabello y jaló con una fuerza que me hizo soltar un grito ahogado de dolor.

El tirón fue feroz, pero en lugar de hacerme retroceder, me impulsó a apretar aún más la tela alrededor de su cuello. Sentí cómo la resistencia en sus movimientos disminuía, y su fuerza, antes arrolladora, se desvanecía poco a poco.

Sus manos finalmente cayeron laxas y su cuerpo dejó de luchar, desplomándose al suelo. La solté al instante, mis pulmones quemaban como si hubieran estado reteniendo el aire durante horas. Miré sus ojos cerrados, incapaz de saber si estaba inconsciente o algo peor, mientras el eco de mi propia respiración llenaba mis oídos.

—Rosse, reacciona. Tenemos que colocarnos los uniformes —dijo Trea con urgencia mientras se limpiaba el pequeño hilo de sangre que corría por su mejilla.

—¿Aquí, frente a todos? —pregunté, mirando el caos a nuestro alrededor.

—Aquí y ahora, Rosse.

Sin perder más tiempo, ambas nos apresuramos a despojarnos de nuestras ropas. Trea tuvo que ayudarme con el maldito corsé, liberándome de aquella prisión que parecía encarnar todo lo que mi madre esperaba de mí. Fue un acto casi simbólico, como si al quitarme esa pieza también dejara atrás una parte de mi antigua vida.

Omitimos cualquier pudor, la urgencia era mayor que la vergüenza, y nos vestimos rápidamente con las prendas que marcarían nuestra nueva identidad: el pantalón y la camisa gris, ajustados y funcionales, un contraste absoluto con nuestras vestimentas anteriores. Nos colocamos la hombrera metálica y la pechera del mismo material, que eran sorprendentemente ligeras pero rígidas al tacto. Finalmente, las botas, que nos dieron una sensación de firmeza que no había sentido en años.

Mientras terminábamos de ajustarnos, un silbato resonó en el aire, cortando todos nuestros pensamientos. Nos miramos brevemente, asintiendo en silencio, y salimos apresuradas hacia el salón central, listas para enfrentar lo que viniera.